

ENTRELÍNEAS

POR Miguel Serrano

HÉCTOR BARRETO,
PASAJERO DEL SUEÑO

A los escritores de mi generación se nos ha conocido en Chile como de "la Generación de 1938", pudiendo incluirse en ella a Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Enrique Gómez-Correa, Teófilo Cid, Irizarri, Fernando Molina, Julio Molina Miller, Guillermo Atlas (o Anuar Atlas), Iván Romero, René Aumada, Raúl Vicheira, Robinson Gaste, Juan Tejeda, Santiago del Campo, Camilo Rojas, Volodia Teitelboim, Héctor Barreto y yo. Un pequeño grupo (Del Campo, Guillermo Atlas, Irizarri, Aumada, Iván Romero, Julio Molina y Barreto) nos reuníamos en la noche a conversar y leernos nuestros cuentos y poemas en un café-restaurante de la calle San Diego, el "Miss Universo", que, como tantas otras bellas cosas, ya no existe más. Y era Barreto quien nos mantenía atentos a sus historias improvisadas, haciendo que la noche pasara casi sin sentirse. ¿Cómo poder olvidar "El pasajero del sueño", "Rito a Narciso", "Jasón" y "La ciudad enferma" (el pronunciaba "en ferma", con "m", poniendo énfasis en ello y con un gesticular único). En verdad, Héctor, tan joven aún, vivía en la Grecia antigua y como si él mismo fuera la reencarnación de Alejandro Magno, a quien nos describía vívidamente, cual si sólo acabara de estar en su presencia. Para nada nos intrusaba en esos años la política y vivíamos inmersos en los libros de Párisot Istruti, Knut Hamsun y los rusos, Dostoiévsky, Boris Pínlak, Severin Ivanov; o los poetas Milosz, Federico Prada, Omar Calvo (quien se apareció en nuestras tertulias para recitar su "Azul deshabitado"), Vicente Huidobro, Augusto D'Halmar (con su "La sombra del humo en el espejo"), Salvador Reyes, Pablo de Rokha, Neruda y Joaquín Edwards Bello, entre otros.

Fue por eso que una noche recibimos con total asombro la confesión de nuestro "héroe griego", Héctor Barreto, de que había decidido participar en la



política y se había inscrito en la Juventud Socialista. ¿Cómo era posible —exclamamos— que "el pasajero del sueño", que "Jasón", hubiera hecho esto? ¿En qué quedaba ahora su búsqueda desesperada en las calles nocturnas del viejo Santiago, en la montaña, en nuestras mágicas cambras, de la "Ciudad de los Cesares", del "vehículo de oro"?... Lo estoy viendo, como si fuera ayer, con su rostro moreno y sus ojos profundos, golpeándose la frente (en un gesto muy seco) y respondiendo: "Lo hice porque me producían dolor los ratos pobres descalzos bajo la luna".

Eso eran los años de la Revolución Española, del "Warápeg", de la gran tensión política planetaria previa a la Segunda Guerra Mundial y, en Chile, las juventudes políticas, uniformadas,

también combatían en las calles. Y fue así como una noche Barreto murió asesinado. A nosotros, sus hermanos, sus amigos entrañables, nos afectó más allá del alma, en las entrañas del mismo ser. Los soldados, los reclutas, debíamos también salir a las calles a luchar por un cambio a fondo en la sociedad chilena. Guillermo Atlas, Irizarri y Julio Molina entraron al servicio.

Yo empecé a escribir en periódicos de izquierda.

Barreto se había hecho muy amigo de Raúl Ampuero; yo también, hasta su muerte.

El funeral de Barreto fue algo enorme, cuartos y cuartos; todos los escritores chilenos, de cualquier generación (Huidobro, de Rokha, Neruda, nuestro amigo Sánchez Latortue), todos los políticos (Schneider, Ricardo Lancham, Julio Barrenechea y Manuel Aque Giron, como líder de ese momento).

Ahí conocí a Blanca Luz Brum, quien iba a mi lado y, al ver mis ojos húmedos, me dijo: "Ánimo, camarada", tomando mi mano y apretándola. En el cementerio, junto a la bella tumba, hecha por el escultor Bandiera, con la mascarilla del rostro de Barreto muerto, que él mismo le sacara y que me había regalado esa mañana (además la conservo, habiendo viajado conmigo por todo el mundo). Y allí quedó, entonces, su néplea (mirando al cielo, a través de los párpados cerrados, durante todas las estaciones, bajo el sol y la lluvia) hasta ahora, cuando desconocidos la han roto a golpes de martillo. Don Manuel Aque terminó su discurso de aquel día diciendo: "No pasarán...". Sin embargo, han pasado... tantas cosas!

Con jóvenes amigos vamos a separar la tumba en el Cementerio General, de modo que el rostro de Héctor Barreto pueda seguir contemplando más allá del cielo, más allá de las estrellas, su Grecia inmortal, su monte Olimpo y el Templo de Delos, donde tal vez él fuera un hierofante, hace muchos siglos ya.

Héctor Barreto pasajero del sueño. [artículo] Miguel Serrano

Libros y documentos

AUTORÍA

Serrano, Miguel, 1917-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Héctor Barreto pasajero del sueño. [artículo] Miguel Serrano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile